

- *El Reino de Dios. Domingo 11 del tiempo ordinario, Año B (17 junio de 2012). Para la explicación de la verdad del reino de Dios en medio de los hombres, Jesús se sirve de parábolas entre las cuales se encuentra la del hombre que echa la semilla en la tierra (Marcos 4, 26-29). Cuatro Catequesis de Juan Pablo II, comentando esta parábola de la semilla. Es el poder de Dios el que "hace crecer", dirá San Pablo (1Corintios 3,6 ss.) y, como escribe el Apóstol, es Él quien da "el querer y el obrar" (Filipenses 2,13). "Con todo, el hombre no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a "buscar" activamente "el reino de Dios y su justicia" y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal". El Reino de Dios en el «Padre nuestro»: esta petición se convierte en petición de la comunión con Jesucristo. Para entrar en el Reino de Dios es necesario acoger la Palabra de Jesús.*

**Marcos 4, 26-34:** 26 Y decía: **El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra**, 27 y duerma o vele noche y día, **la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo**. 28 Porque la tierra produce fruto ella sola: primero hierba, después espiga, y por fin trigo maduro en la espiga. 29 Y en cuanto está a punto el fruto, en seguida mete la hoz, porque ha llegado la siega. 30 Y decía: ¿A qué asemejaremos el Reino de Dios?, o ¿con qué parábola lo compararemos? 31 Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; 32 pero, una vez sembrado, crece y se hace mayor que todas las hortalizas, y echa ramas grandes, de manera que los pájaros del cielo puedan anidar bajo su sombra. 33 Y con muchas parábolas semejantes les anunciaba la palabra, conforme a lo que podían entender; 34 no les hablaba sino en parábolas. Pero a solas, explicaba todo a sus discípulos.

## Es el poder de Dios el que "hace crecer".

### 1. Cuatro Catequesis de Juan Pablo II comentando la parábola de la semilla echada en tierra.

#### ❖ Catequesis del 18 de marzo de 1987

- **El reino no es obra humana, sino únicamente don del amor de Dios que actúa en el corazón de los creyentes.**

• «La parábola de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-29) subraya que el reino no es obra humana, sino únicamente don del amor de Dios que actúa en el corazón de los creyentes y guía la historia humana hacia su realización definitiva en la comunión eterna con el Señor».

#### ❖ Catequesis del 15 junio de 1988

- **Es el poder de Dios el que hace crecer.**

• «Pero he aquí otra parábola que nos pone frente al misterio del desarrollo de la semilla por obra de Dios: "El reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma, primero, hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga" (Marcos 4,26-28). Es el poder de Dios el que "hace crecer", dirá San Pablo (1Corintios 3,6 ss.) y, como escribe el Apóstol, es Él quien da "el querer y el obrar" (Filipenses 2,13)».

#### ❖ Catequesis del 25 de septiembre de 1991

- **El reino de Dios crece en virtud de una fundación que viene de Dios, y de un obrar misterioso de Dios mismo que la Iglesia sigue cultivando a lo largo de los siglos.**

“Por tanto, el reino de Dios crece aquí en la tierra, en la historia de la humanidad, en virtud de una siembra inicial, es decir, de una fundación que viene de Dios, y de un obrar misterioso de Dios mismo, que la Iglesia sigue cultivando a lo largo de los siglos. En la acción de Dios en relación con el Reino también está presente la «hoz» del sacrificio: el desarrollo del Reino no se realiza sin sufrimiento. Éste es el sentido de la parábola que narra el evangelio de Marcos”.

#### ❖ Catequesis del 6 de diciembre del 2000

- **“Con todo, el hombre no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a "buscar" activamente "el reino de Dios y su justicia" y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal”.**

- Después de afirmar que «el Reino es gracia, amor de Dios al mundo, para nosotros fuente de serenidad y confianza», añadía: «“Con todo, el hombre no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a "buscar" activamente "el reino de Dios y su justicia" y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal».

## 2. Algunas consideraciones generales sobre el reino de Dios

- ❖ A. Juan Pablo II, catequesis del 15 de junio de 1988

- **Proclamando la verdad sobre el reino de Dios, Jesús anuncia al mismo tiempo el cumplimiento de las promesas contenidas en el Antiguo Testamento.**

- "El tiempo se ha cumplido y el *reino de Dios está cerca*; convertíos y creed en la Buena Nueva" (*Marcos 1,15*). En el comienzo del Evangelio de Marcos, se dicen estas palabras casi para resumir brevemente la misión de Jesús de Nazaret, Aquel que ha "venido para anunciar la Buena Nueva". En el centro de su anuncio se encuentra la revelación del reino de Dios, que se acerca y, más aún, ha entrado en la historia del hombre ("El tiempo se ha cumplido").

- Proclamando la verdad sobre el reino de Dios, Jesús anuncia al mismo *tiempo el cumplimiento de las promesas contenidas en el Antiguo Testamento*. Del reino de Dios hablan ciertamente con frecuencia los versículos de los Salmos (cf. *Sal 102/103, 19; Sal 92/93, 1*). El Salmo 144/145 canta la gloria y la majestad de este reino y señala simultáneamente su eterna duración: "Tu reino, un reino por los siglos todos, tu dominio, por todas las edades" (*Sal 144/145, 13*). Los posteriores libros del Antiguo Testamento vuelven a tratar este tema. Concretamente, puede recordarse el anuncio profético, especialmente elocuente del libro de Daniel: "...el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido y este reino no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos estos reinos y subsistirá eternamente" (*DA 2,44*).

- **El Reino de Dios brilla ante los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo.**

- Refiriéndose a estos anuncios y promesas del Antiguo Testamento, el Concilio Vaticano II constata y afirma: "Este reino brilla ante los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo" (*Lumen gentium Lumen gentium 5*)... "Cristo, en cumplimiento de la voluntad de Padre, *inauguró en la tierra el reino de los cielos*" (*Lumen gentium 3*). Al mismo tiempo, el Concilio subraya que "nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la Buena Nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura..." (*Lumen gentium 5*). *El inicio de la Iglesia, su fundación por Cristo, se inscribe en el Evangelio del reino de Dios*, en el anuncio de su venida y de su presencia entre los hombres. Si el reino de Dios se ha hecho presente entre los hombres gracias a la venida de Cristo, a sus palabras y a sus obras, es también verdad que, por expresa voluntad suya, "está presente en la Iglesia, actualmente en misterio, y por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo" (*Lumen gentium Lumen gentium 3*).

- **Jesús dio a conocer de varias formas a sus oyentes la venida del reino de Dios.**

*El reino de Dios significa, realmente, la victoria sobre el poder del mal que hay en el mundo y sobre aquel que es su principal agente escondido.*

- Jesús dio a conocer de varias formas a sus oyentes la venida del reino de Dios. Son sintomáticas las palabras que pronunció a propósito de la "expulsión del demonio" fuera de los hombres y del mundo: "...si por el dedo de Dios expulso yo a los demonios..., es que ha llegado a vosotros el reino de Dios" (*Lucas 11,20*). *El reino de Dios significa, realmente, la victoria sobre el poder del mal que hay en el mundo y sobre aquel que es su principal agente escondido*. Se trata del espíritu de las tinieblas, dueño de este mundo; se trata de todo pecado que nace en el hombre por efecto de su mala voluntad y bajo el influjo de aquella arcana y maléfica presencia. Jesús, que ha venido para perdonar los pecados, incluso cuando cura de las enfermedades, advierte que la liberación del mal físico es señal de la liberación del mal más grave que arruina el alma del hombre. Hemos explicado esto con mayor amplitud en las catequesis anteriores.

*Se sirve especialmente de las parábolas*

- Los diversos signos del poder salvífico de Dios ofrecidos por Jesús con sus milagros, conectados con su Palabra, abren el camino para la comprensión de la verdad del reino de Dios en medio de los hombres. El explica esta verdad, *sirviéndose especialmente de las parábolas*, entre las cuales se encuentran la *del sembrador* y la *de la semilla*. La semilla es la Palabra de Dios, que puede ser acogida de modo que crezca en

el terreno del alma humana o, por diversos motivos, no ser acogida o serlo de un modo que no pueda madurar y dar fruto en el tiempo oportuno (cf. *Marcos 4,14-20*). (...)

- **El reino de Dios, o "reino de los cielos", ha entrado en la historia del hombre sobre la tierra por medio de Cristo que también, durante su pasión y en la inminencia de su muerte en la cruz, habla de Sí mismo como de un Rey y, a la vez, explica el carácter del reino que ha venido a inaugurar sobre la tierra.**

• *El reino de Dios, o "reino de los cielos", como dice Mateo (cf. 3, 2, etc.), ha entrado en la historia del hombre sobre la tierra por medio de Cristo que también, durante su pasión y en la inminencia de su muerte en la cruz, habla de Sí mismo como de un Rey y, a la vez, explica el carácter del reino que ha venido a inaugurar sobre la tierra. Sus respuestas a Pilato, recogidas en el cuarto Evangelio, (JN 18,33 ss.), sirven como texto clave para la comprensión de este punto. Jesús se encuentra frente al Gobernador romano, a quien ha sido entregado por el Sanedrín bajo la acusación de haberse querido hacer "Rey de los judíos". Cuando Pilato le presente este hecho, Jesús responde: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos" (JN 18,36). Pese a que Cristo *no es un rey en sentido terreno* de la palabra, ese hecho no cancela el otro sentido de su reino, que Él explica en la respuesta a una nueva pregunta de su juez. Luego, "¿Tú eres rey?", pregunta Pilato. Jesús responde con firmeza: "Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz" (JN 18,37). Es la más neta e inequívoca proclamación de la propia realeza, pero también de su carácter trascendente, que confirma el valor más profundo del espíritu humano y la base principal de las relaciones humanas: "la verdad".*

- **El reino de Jesús se establece y crece en el espíritu del hombre con la fuerza de la verdad y de la gracia, que proceden de Dios, como nos han hecho comprender las parábolas del sembrador y de la semilla, que hemos resumido.**
- **Pero, en definitiva será por medio de la cruz como realizará su realeza y llevará a cabo la obra de la salvación en la historia de la humanidad.**

*"Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí"*

• El reino que Jesús, *como Hijo de Dios encarnado*, ha inaugurado en la historia del hombre, siendo *de Dios*, se establece y crece en el espíritu del hombre con la fuerza de la verdad y de la gracia, que proceden de Dios, como nos han hecho comprender las parábolas del sembrador y de la semilla, que hemos resumido. Cristo es el sembrador de esta verdad. Pero, *en definitiva será por medio de la cruz* como realizará su realeza y llevará a cabo la obra de la salvación en la historia de la humanidad: "Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Juan 12,32*).

- **Jesús, Buen Pastor: una realeza universal, ejercida con ánimo y estilo de pastor, para llevar a todos a vivir en la verdad de Dios.**

• Todo esto se trasluce también de la enseñanza de Jesús sobre el Buen Pastor, que "da su vida por las ovejas" (*Juan 10,11*). Esta *imagen del pastor* está estrechamente *ligada con la del rebaño* y de las ovejas que escuchan la voz del pastor. Jesús dice que es el Buen Pastor que "conoce a sus ovejas y ellas le conocen" (*Juan 10,14*). Como Buen Pastor, busca a la oveja perdida (cf. *Mateo 18,12; Lucas 15,4*) e incluso piensa en las "otras ovejas que no son de este redil"; también a esas las "tiene que conducir" para que "escuchen su voz y haya un solo rebaño y un solo pastor" (*Juan 10,16*). Se trata, pues, de una realeza universal, ejercida con ánimo y estilo de pastor, para llevar a todos a vivir en la verdad de Dios.

- **Jesús atrae a Sí y reúne en torno a su persona por medio de la palabra del Evangelio y con el poder redentor del misterio pascual.**

• Como se ve, toda la *predicación de Cristo, toda su misión* mesiánica se orienta a "reunir" el rebaño. No se trata solamente de cada uno de sus oyentes, seguidores, imitadores. Se trata de una "asamblea", que en arameo se dice "*kehala*" y, en hebreo, "*qahal*", que corresponde al griego "*ekklesia*". La palabra griega deriva de un verbo que significa "llamar" ("llamada" en griego se dice "*klesis*") y esta derivación etimológica sirve para hacernos comprender que, lo mismo que en la Antigua Alianza Dios había "llamado" a su pueblo Israel, así Cristo *llama al nuevo Pueblo de Dios* escogiéndolo y buscando sus miembros entre todos los hombres. Él los atrae a Sí y los reúne en torno a su persona por medio de la palabra del Evangelio y con el poder redentor del misterio pascual. Este poder divino, manifestado de forma definitiva en la resurrección de Cristo, confirmará el sentido de las palabras que una vez se dijeron a Pedro: "sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (*Mateo 16,18*), es decir: la nueva asamblea del reino de Dios.

▪ **Jesús edifica constantemente a la Iglesia como reino de Dios con dimensión universal.**

• La Iglesia-Ecclesia-Asamblea recibe de Cristo *el mandamiento nuevo*: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado... en esto conocerán todos que sois discípulos míos" (*Juan 13,34-35* cf. *Juan 15,12*). Es cierto que la "asamblea-Iglesia" recibe de Cristo también su estructura externa (de lo que trataremos próximamente), pero su valor *esencial es la comunión con el mismo Cristo*: es Él quien "reúne" la Iglesia, es El quien la "edifica" constantemente como su Cuerpo (cf. *Efesios 4,12*), *como reino de Dios con dimensión universal*. "Vendrán de Oriente y de Occidente, del Norte y del Sur y se pondrán a la mesa (con Abraham, Isaac y Jacob) en el reino de Dios" (cf. *Lucas 13,28-29*).

❖ **B. Benedicto XVI: el Reino de Dios en la oración de Jesús: el «Padre nuestro».**  
Cfr. Jesús de Nazaret 1

o **Venga a nosotros tu reino pp. 180-182**

- **La primacía de Dios. Se establece un orden de prioridades para el obrar humano. No se nos promete a los devotos un mundo utópico que funciona automáticamente. Reino de Dios quiere decir soberanía de Dios: asumir su voluntad como criterio.**

Al reflexionar sobre esta petición acerca del Reino de Dios, recordaremos lo que hemos considerado antes acerca de la expresión «Reino de Dios». Con esta petición reconocemos en primer lugar la primacía de Dios; donde El no está, nada puede ser bueno. Donde no se ve a Dios, el hombre decae y decae también el mundo. En este sentido, el Señor nos dice; «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (M 6,33). Con estas palabras se establece un orden de prioridades para el obrar humano, para nuestra actitud en la vida diaria.

En modo alguno se nos promete un mundo utópico en el caso de que seamos devotos y de algún modo deseosos del Reino de Dios. No se nos presenta automáticamente un mundo que funciona como lo propuso la utopía de la sociedad sin clases, en la que todo debía salir bien sólo porque no existía la propiedad privada. Jesús no nos da recetas tan simples, pero establece - como se ha dicho - una prioridad determinante para todo: «Reino de Dios» quiere decir «soberanía de Dios», y eso significa asumir su voluntad como criterio. Esa voluntad crea justicia, lo que implica que reconocemos a Dios su derecho y en él encontramos el criterio para medir el derecho entre los hombres.

- **La primera oración de Salomón: pide a Dios un corazón dócil (para que sea Dios quien reine y no nosotros); pide la capacidad de discernir el bien del mal, para gobernar.**

El orden de prioridades que Jesús nos indica aquí nos recuerda el relato veterotestamentario de la primera oración de Salomón tras ser entronizado. En él se narra que el Señor se apareció al joven rey en sueños, asegurándole que le concedería lo que le pidiera. ¡Un tema clásico en los sueños de la humanidad! ¿Qué pidió Salomón? «Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el bien y el mal» (1 R 3, 9). Dios lo alaba porque no ha pedido — como hubiera sido más natural — riqueza, bienes, honores o la muerte de sus enemigos, ni siquiera una vida más larga (cf 2 Cr 1, 11), sino algo verdaderamente esencial: un corazón dócil, la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Y por eso Salomón recibió también todo lo demás como añadidura.

Con la petición «venga tu reino» (¡no el nuestro!), el Señor nos quiere llevar precisamente a este modo de orar y de establecer las prioridades de nuestro obrar. Lo primero y esencial es un corazón dócil, para que sea Dios quien reine y no nosotros. El Reino de Dios llega a través del corazón que escucha. Ese es su camino. Y por eso nosotros hemos de rezar siempre.

- **Jesús es el Reino de Dios en persona: la petición se convierte, por tanto, en petición de la comunión con Jesucristo.**

*Rezar por el Reino de Dios significa decir a Jesús: ¡Déjanos ser tuyos, Señor! Empápanos, vive en nosotros.*

A partir del encuentro con Cristo esta petición asume un valor aún más profundo, se hace aún más concreta. Hemos visto que Jesús es el Reino de Dios en persona; donde Él está, está el «Reino de Dios». Así, la petición de un corazón dócil se ha convertido en petición de la comunión con Jesucristo, la petición de que cada vez seamos más «uno» con El (cf. *Gálatas 3,28*). Es la petición del seguimiento verdadero, que se convierte en comunión y nos hace un solo cuerpo con Él. Reinhold Schneider lo ha expresado de modo penetrante: «La vida en este reino es la continuación de la vida de Cristo en los suyos; en el corazón que ya no es alimentado por la fuerza vital de Cristo se acaba el reino; en el corazón tocado y transformado por esa

fuerza, comienza... Las raíces del árbol que no se puede arrancar buscan penetrar en cada corazón. El reino es uno; subsiste sólo por el Señor, que es su vida, su fuerza, su centro...» (pp. 3 Is). Rezar por el Reino de Dios significa decir a Jesús: ¡Déjanos ser tuyos, Señor! Empápanos, vive en nosotros; reúne en tu cuerpo a la humanidad dispersa para que en ti todo quede sometido a Dios y Tú puedas entregar el universo al Padre, para que «Dios sea todo para todos» (1 Corintios 15, 28).

❖ C. Benedicto XVI, Spe salvi, n. 35

o **El reino de Dios es un don, no podemos merecerlo del mismo modo que ser amados nunca es algo «merecido».**

- **Pero sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios: podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos, «colaboradores de Dios», que han contribuido a la salvación del mundo.**

*Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminaciones que podrían destruir el presente y el futuro.*

“Ciertamente, no « podemos construir » el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– « merecer » el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo « merecido », sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la « plusvalía » del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como « colaboradores de Dios », han contribuido a la salvación del mundo (cf. 1 Co 3,9; 1 Ts 3,2). Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminaciones que podrían destruir el presente y el futuro. Podemos descubrir y tener limpias las fuentes de la creación y así, junto con la creación que nos precede como don, hacer lo que es justo, teniendo en cuenta sus propias exigencias y su finalidad. Eso sigue teniendo sentido aunque en apariencia no tengamos éxito o nos veamos impotentes ante la superioridad de fuerzas hostiles. Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios”.

❖ D. Catecismo de la Iglesia Católica.

- **Para entrar en el Reino de Dios es necesario acoger la Palabra de Jesús: todos los hombres están llamados a entrar en el Reino.**

- **n. 543:** El anuncio del Reino de Dios - Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino.

Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (Cf Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (Cf Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

La Palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).

- **n. 764:** «Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo» (Lumen gentium 5). *Acoger la palabra de Jesús es acoger «el Reino»* (Lumen gentium 5). El germen y el comienzo del Reino son el «pequeño rebaño» (Lc 12, 32) de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor (cf. Mt 10, 16; Mt 26, 31; Jn 10, 1 - 21). Constituyen la verdadera familia de Jesús (Cf Mt 12, 49). A los que reunió así en torno suyo, les enseñó no sólo una nueva «manera de obrar», sino también una oración propia (Cf Mt 5-6).